

De agentes a arquitectos

CUARENTA AÑOS DE *MOVILIDAD*, CUARENTA AÑOS DE *TER-
quedad*, cuarenta años de *soledad*: el destierro cubano en los Estados Unidos se podría resumir en estos tres términos.

La población de origen cubano debe alcanzar el millón y medio de habitantes en los próximos años. Esto corresponde a tan sólo el 4 por ciento de la población hispana de los Estados Unidos y el 0.4 por ciento de la población de Estados Unidos.

Una población de tales dimensiones, ¿cómo ha adquirido influencia tal en relación con la política internacional de la superpotencia norteamericana?

La *movilidad* ascendente —económica, social, y política— el primer término de la ecuación, es una de las claves. Los mecanismos electorales, de financiamiento de campaña y de cabildeo en el sistema político estadounidense son tales que un grupo relativamente pequeño pero bien organizado y financiado puede ejercer una influencia desproporcionada por largo tiempo. Es el caso incluso cuando se trata de un tema de interés social general y la opinión mayoritaria del electorado se inclina decididamente hacia la posición contraria. Son ejemplos los *lobbies* del tabaco y de las armas, que no por ser impopulares y de representar industrias mortíferas, han dejado de mantener a raya a sus contrincantes a través de su influencia en el Congreso. Cuánto más fácil es la tarea cuando el poder del *lobby* se ejerce cual láser sobre un área de política estrecha y de desinterés general como es la política hacia Cuba en la posguerra fría.

La capacidad de ejercer influencia se vincula directa o indirectamente con el ascenso económico de un sector importante del destierro. Un estudio de la revista *Hispanic Business* arrojó que entre los hispanos con los mayores patrimonios, el cuarenta por ciento es de origen cubano. Se trata de diez veces la representación en la población hispana, lo que da una idea del potencial cabildero de

este sector. De hecho, con el 4 por ciento de la población hispana del país, los cubanos contaban con 32 acaudalados, comparado con 26 mexicanos, 17 puertorriqueños, y 8 españoles.

Más allá de los millonarios, los cubanos en Estados Unidos cuentan con una nutrida clase media, sector que si bien no tiene la posibilidad de canalizar grandes cantidades de dinero en virtud de sus preferencias ideológicas, sí participa intensamente en el proceso político a través del ejercicio de la voz y, sobre todo, del voto. En 1993, el ingreso promedio de una familia de origen cubano en los Estados Unidos era de \$42,551, comparado con \$29,932 para los mexicanos y \$27,917 para los puertorriqueños. Entre los cubanos, el 15.6 por ciento poseía un título universitario, contra el 6.3 por ciento para los mexicanos, y el 8.4 por ciento para los puertorriqueños. Ingreso y educación son factores asociados directamente con el nivel de participación política. La relativa facilidad a acceder a la ciudadanía estadounidense, incluso para personas con un conocimiento limitado del inglés, siempre y cuando sean ancianos o hayan residido un número determinado de años en el país, posibilita la participación política de amplios sectores del destierro.

Que el potencial que representan la cifras se materializó en los hechos lo indica entre otras cosas un estudio realizado por el Center for Public Integrity, una ONG con sede en Washington. Según la investigación, entre 1979 y mediados de la década de los noventa, elementos interesados en la política hacia Cuba gastaron \$4.4 millones en actividades de cabildeo. De ese total, las tres cuartas partes (\$3.2 millones) se debe a personas vinculadas con la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA), la principal organización que aboga por una política de línea dura.

La capacidad de este reducido sector de ejercer influencia en el seno del Congreso y en el ejecutivo a favor de tal política se ve facilitada en gran medida por la ubicación y concentración de la población de origen cubano y el peculiar método de elección presidencial vigente en Estados Unidos. Como explica Lars Schoultz:

Es imposible explicar la política de Estados Unidos hacia Cuba en la posguerra fría sin reconocer que la Florida, un estado en contienda [entre los dos partidos] tiene veinticinco votos electorales, el cuarto más alto en la nación, y una población cubano-americana de más de 800,000.

En otras palabras, unos cuantos miles de votos cubano-americanos en la Florida pueden decidir quién recibe ese botín de 25 votos electorales y, en una contienda reñida, esos votos electorales a su vez bien podrían determinar la elección presidencial.

Y ¿qué quieren esos electores de origen cubano?

Una encuesta realizada por la Universidad Internacional de la Florida (FIU) en 1997 arroja un patrón interesante. La encuesta consistió en una muestra aleatoria de 1,200 adultos de origen cubano residentes de Miami entrevistados por vía telefónica. Se midió el nivel de aprobación de diversas

acciones y políticas con respecto a Cuba. El Cuadro 1 presenta el porcentaje de la muestra que está de acuerdo con determinada acción/política.¹

CUADRO 1

	PORCENTAJE QUE APRUEBA
Apoyo a los grupos de derechos humanos en Cuba	92
Continuación del embargo de EU	78
Ley Helms-Burton	75
Acciones militares del exilio contra gobierno cubano	71
Permitir viajes por razones familiares	70
Intervención militar de EU	65
Venta de medicinas de EU a Cuba	56
Diálogo entre gobierno de Cuba, disidentes y exilio	52
Venta de alimentos de EU a Cuba	40
Permitir viajes por razones de turismo	23

Se aprecia que existe una virtual unanimidad en sólo un punto: apoyo a los grupos de derechos humanos en la isla. Se trata de un tema que reúne a la mayoría de los partidarios de la línea dura y a los moderados, faltando quizás sólo los dos extremos del espectro, pero con un matiz que en la encuesta no se capta: en general los grupos de línea dura y los moderados no apoyan a los mismos grupos y personalidades vinculados con el movimiento de derechos humanos dentro de Cuba.

Más allá de esto, la comunidad no es monolítica, habiendo por ejemplo un 22-23 por ciento que disiente de la línea dura. Sin embargo es notable el nivel de apoyo a políticas y acciones duras. El término *terquedad* podría aplicarse aquí en cuanto se mantiene un impresionante nivel de apoyo a políticas las cuales, décadas atrás, perdieron cualquier vigencia que hubieran tenido, como son las acciones militares del exilio, o que atraen la censura universal fuera de Estados Unidos, como es la Ley Helms-Burton. Fórmulas de cambio más suaves, como pudieran ser el diálogo, el comercio y el turismo cuentan bien con un apoyo tibio bien con un rechazo claro.

Otra vista de los mismos datos, utilizando ahora solamente algunos temas en relación a los cuales se midió la intensidad de aprobación/desaprobación, subrayan lo anterior. El apoyo a los grupos de derechos humanos en Cuba aparte, el apoyo entusiasta a las acciones bélicas es el doble del apoyo entusiasta a la venta de medicinas y alimentos.

¹ Grenier, Guillermo y Hugh Gladwin. FIU 1997 Cuba Poll. Florida International University, Institute for Public Opinion Research, 1997.

CUADRO 2

**PORCENTAJE
QUE APRUEBA FUERTEMENTE**

Apoyo a los grupos de derechos humanos en Cuba	71
Acciones militares del exilio contra gobierno cubano	55
Intervención militar de EU	52
Diálogo entre gobierno de Cuba, disidentes y exilio	30
Venta de medicinas de EU a Cuba	29
Venta de alimentos de EU a Cuba	21

Dejando aparte el apoyo a los grupos de derechos humanos, es notable que las acciones bélicas cuentan con aproximadamente el doble del apoyo en comparación con la venta de medicinas y alimentos. Se comprueba la predilección por las políticas duras.

Un dato aparentemente paradójico es el hecho de que cuando se preguntó sobre la efectividad, sólo el 7 por ciento de la muestra considera que el embargo es muy efectivo pero el 78 quiere su continuación. La observación informal sugiere que la brecha la explica el hecho de que un número considerable apoya al embargo en defecto de políticas/acciones aún más duras o de una aplicación aún más rigurosa del mismo.

Una pregunta importante es si existe algún indicio de cambio en este patrón que se ha mantenido por tanto tiempo. La respuesta es compleja. Cuando se trata del tema neurálgico del embargo, se perciben algunas variaciones por edad y fecha de llegada a los Estados Unidos, pero aun entre los grupos más jóvenes o recién llegados, las dos terceras partes apoyan la línea dura. Por ejemplo, el apoyo al embargo alcanza el 65 por ciento entre los llegados entre 1990 y 1997 y el 87 por ciento entre los que arribaron en la década del sesenta. De igual forma, entre los de 20 a 44 años, el apoyo al embargo es del 65 por ciento, cifra que se eleva al 92 por ciento entre los mayores de 65 años. Los procesos generacionales y migratorios tienden a quebrar la otra casi unanimidad en torno al tema, pero no son capaces por sí solos de cambiar el equilibrio fundamental de fuerzas.

El cambio es más pronunciado y significativo, sin embargo, cuando se trata de algunos aspectos culturales, o humanitarios, incluso algunos que están comprendidos dentro del embargo. El 60 por ciento de las personas de más de 65 años apoyan la censura de facto que existe en las emisoras radiales de Miami con respecto a grabaciones hechas en Cuba o por artistas residentes en la isla. Pero el apoyo a este tipo de censura se reduce en relación directa con la juventud, reduciéndose al 54 por ciento (45-64), al 36 por ciento (30-44) y finalmente al 30 por ciento (18-29). El resultado es que ya en 1997, el 53 por ciento de la totalidad se oponía a la censura, cifra que sin duda crecerá como resultado del proceso generacional. No es por casualidad que se han estado produciendo grietas en la censura cultural en Miami.

Se observa algo paralelo pero distinto cuando se trata de la venta a Cuba de alimentos por parte de Estados Unidos. El rechazo a esta medida de suavización del embargo es masiva entre los mayores de 65 (79 por ciento) y los integrantes del exilio histórico de 1960-69 (75 por ciento). Esto contrasta con el apoyo mayoritario de los jóvenes (63 por ciento) y los recién llegados (62 por ciento) a tales ventas. La tendencia entre los jóvenes y los nuevos, sin embargo, no llega en este caso a inclinar el balance de 60 frente a 40 por ciento que aun se mantiene a favor de la posición dura. Pero esa relación, sin duda, está cambiando.

La encuesta aquí referida se efectuó en 1997. En 1998, el Papa visitó Cuba y se pronunció en contra de la política de sanciones y aislamiento, dirigiendo un llamado a los cubanos en el exterior a asumir una posición constructiva. ¿Produjo esa iniciativa papal algún efecto? No existe una encuesta de la comunidad cubana posterior a 1997. No obstante, en abril de 1998, una campaña política en ciernes contrató a una empresa privada que realizó un sondeo en el distrito electoral de Miami actualmente representado en el Congreso de Estados Unidos por la representante Ileana Ros-Lehtinen. Entre los electores cubanos de ese distrito, el 79 por ciento se expresó a favor del embargo. A juzgar por este resultado, la *terquedad* del destierro cubano en lo que respecta a este tema está a prueba aún de la autoridad moral del Pontífice.

Un resultado adicional de la encuesta de FIU explica cómo tales actitudes duras —combinadas con la tanto o más importante labor de financiamiento y cabildeo realizada a nivel de élite— se traducen en políticas duras. El 70 por ciento de la muestra manifestó que cuando se trata de elegir a un candidato, la posición de éste con respecto a Cuba es importante, aun cuando se trata de un cargo a nivel local. No es incidental entonces que, aunque existen decenas de oficiales electos de origen cubano a nivel local, estatal y federal, no hay uno hasta ahora que se haya pronunciado en contra de la línea dura.

La perdurabilidad de las actitudes duras y la eficacia de la combinación de élites y base para generar políticas no han cosechado, sin embargo, adhesión fuera del destierro. Más bien todo lo contrario. El tema de la *soledad* y el abandono es recurrente en las narrativas del exilio desde ese día en el cual, en Girón, al borde de la derrota, los invasores se percataron que la fuerza aérea estadounidense nunca entraría en la batalla y los Marines no desembarcarían. En años recientes, mientras el destierro se mantenía firme en su posición a favor de una política de bloqueo económico recrudescido y aislamiento diplomático, el resto del mundo fuera de Estados Unidos, y América Latina en especial, giraba en dirección contraria, agudizando la percepción de insolidaridad y sensación de *soledad* que aquejan al exilio tradicional.

Esa soledad está en curso de profundizarse aún más, con consecuencias que podrían incluso alterar el equilibrio de fuerzas a nivel nacional en torno a la política cubana de Estados Unidos. Se trata de un cambio de actitud por parte de los estadounidenses tanto a nivel de élite como de base. Esto se traduce en un nuevo auge de cabildeo en contra de las sanciones a Cuba por parte de intereses de peso en el sistema político estadounidense, como son las organizaciones de empresarios y el capital agropecuario.

A nivel de base, este fenómeno se observa a través del giro en la opinión pública. En septiembre de 1994, según una encuesta de CNN/Time, el 51 por ciento de los estadounidenses querían que se mantuviera el embargo contra el 35 por ciento que favorecía el levantamiento. La encuesta de Gallup de mayo de 1999, demuestra el cambio: 42 por ciento por el embargo, 51 por ciento por el levantamiento. La misma encuesta arrojó que el 71 por ciento quisiera restablecer las relaciones diplomáticas contra el 25 por ciento que se opone.

Algunos datos correspondientes a la encuesta realizada en el distrito de la congresista Ros-Lehtinen demuestran la brecha que se ha creado entre los electores de origen cubano y los otros estadounidenses. Se trata del epicentro de la presencia e influencia del destierro cubano donde se podría esperar que el discurso del exilio tradicional ha calado más hondo que en ningún otro punto de los Estados Unidos, incluso entre los no cubanos. El Cuadro 3 muestra las cifras correspondientes a los dos grupos principales que residen en el distrito.

CUADRO 3

¿QUÉ PIENSA DE LA POLÍTICA DE ESTADOS UNIDOS RESPECTO A CUBA?

PORCENTAJE QUE LO FAVORECE

	CUBANOS	ANGLOS
Mantengamos el embargo	70	38
Se necesita una nueva política	26	55
Ninguna de las dos	1	4
No está seguro	3	2

La situación ya es tal que la amplia presencia de personas de origen cubano y su sólido apoyo el embargo no son suficientes para contrarrestar la oposición de los otros grupos en la población, aun en la capital del exilio, el condado Miami-Dade. Según una encuesta llevada a cabo en octubre de 1999, el 45 por ciento de los ciudadanos de dicho condado favorecen el levantamiento del embargo y el 36 por ciento se oponen. La *soledad* del destierro de línea dura ya no se limita a los salones de la OEA y la ONU. En la Florida, un número considerable de estadounidenses entienden que el embargo incrementa la inmigración indocumentada y, por éstas y otras razones, se oponen a él.²

De Girón a Helms-Burton, los cubanos desterrados en Estados Unidos pasaron de ser meros agentes o instrumentos de una política a convertirse, al menos en parte, en arquitectos de ella. Es poco probable que, sin la participación política de las élites y la base de origen cubano, se hubiera mantenido y recrudescido el embargo. Es más probable que la política de Estados Unidos hacia Cuba hubiera convergido con la política hacia países como China y

² *The Miami Herald*, 8 de noviembre de 1999. 1A-2A.

Vietnam. En vez de ello, se ha eternizado una Guerra Fría Chiquita, no demasiado fría, que ha durado el doble que la gran Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, si se considera ésta como habiendo tenido lugar de finales de la década de los cuarenta hasta la política de detente de Nixon y Kissinger de finales de los sesenta y principios de los setenta. Desde muy temprano en el proceso revolucionario hasta nuestras días, se puede considerar que sólo al principio de la presidencia de Jimmy Carter se produjo un relativo deshielo, suficientemente limitado éste para no que no llevara ni al levantamiento del embargo ni al restablecimiento de la relaciones diplomáticas.

Un aspecto inusual de la política de Estados Unidos hacia Cuba durante las cuatro décadas de esta Guerra Fría Chiquita es el nivel de participación de cubanos en ella, primero sólo en su ejecución, después también en su diseño. Un documento oficial secreto recientemente dado a conocer da una pista de su origen y razón. Clasificado Top Secret y con fecha de 10 del marzo de 1960, el documento sentó las bases para las operaciones que culminaron en Girón:

Programa de Acción Encubierta Contra el Régimen de Castro

1. Objetivo: El propósito del programa bosquejado a continuación es el de llevar a cabo el reemplazo del régimen de Castro por uno más dedicado a los intereses reales del pueblo cubano y más aceptable a los Estados Unidos de tal manera que se evite cualquier apariencia de intervención de Estados Unidos.

¿Cómo realizar un objetivo tan ambicioso (y audazmente intervencionista y de dudosa legitimidad al ser descubierto por la comunidad internacional o, incluso, por la población estadounidense) al tiempo que se evita la apariencia de cualquier intervención? Con el uso de nativos: momento de entrada de los cubanos en el escenario. Pero en Girón, la proeza de Guatemala no se pudo repetir, se fracasó en lograr el objetivo, y la intervención se hizo pública y tuvo que ser reconocida. Pero, de ahí en adelante, en la medida en que se ha mantenido un mismo objetivo máximo y la misma voluntad de minimizar las apariencias, la política de Estados Unidos hacia Cuba muchas veces ha lucido una cara cubana.

Lo que ha variado en cuarenta años no es la estrechez de la relación sino su naturaleza. Sin aceptarlo ni comprenderlo cabalmente, en los sesenta los exiliados funcionaron como agentes o instrumentos de la política, a tal punto que durante Girón los supuestos dirigentes políticos de la invasión permanecieron detenidos e incommunicados por las autoridades de Estados Unidos. Para los noventa, los exiliados, ahora con un poderoso aparato de lobby en Washington, cientos de miles de electores en un estado de la nación, y tres congresistas de origen cubano en la Cámara de Representantes de Estados Unidos, los exiliados se han convertido en cierto grado en arquitectos de la política de Estados Unidos hacia Cuba.

Por supuesto que tres miembros del Congreso no podrían determinar una política en contra de la voluntad de sus 532 colegas. Pero es el caso que nadie

se ha arruinado políticamente en Estados Unidos siendo duro con los comunistas, y sí siendo blando con ellos. Entre los comunistas, Fidel Castro es el peor de todos, en el imaginario político estadounidense, por muchas razones demasiado largas para exponer aquí.

El exilio de línea dura, que en los años setenta había llevado a cabo una guerra por los caminos del mundo, se transformó a partir de 1980. A partir de la llegada al poder de la administración Reagan y la creación de la Fundación Nacional Cubano-Americana, la guerra que se llevó a cabo es la guerra por los despachos de Washington. Los frutos se recogen después: Radio y Televisión Martí, Ley Torricelli, Ley Helms-Burton.

Lo que no ha variado es el resultado. Todo esos triunfos, que lograron recrudecer la guerra económica e ideológica contra el régimen, hasta ahora han fracasado en su objetivo principal y han tenido una serie de efectos secundarios negativos. Se mantiene el sistema en Cuba, a pesar del desplome del socialismo real. Los problemas intrínsecos al sistema y la crisis provocada por el desplome del bloque afectan el consumo de la población cubana de manera drástica. El embargo, recrudecido y ampliado, aumenta notablemente el problema para la población. La política dura de Estados Unidos le facilita el discurso nacionalista al gobierno. Los aspectos extraterritoriales del embargo le cosechan duros reveses a los Estados Unidos en todos los foros internacionales y le brindan cierta simpatía internacional al gobierno de Cuba.

Agotadas las posibilidades de la guerra por los despachos de Washington, muerto el principal dirigente del exilio tradicional, incumplida la esperanza tantas veces anunciada de la muerte de Fidel Castro, virtualmente sin aliados en el mundo fuera de Estados Unidos, elementos del exilio de línea dura en ocasiones parecen dispuestos a recurrir a viejas tácticas y etapas superadas, la lucha armada, bombas en hoteles habaneros y desembarcos. Otros grupos intentan llevar a cabo tácticas de confrontación no violenta desde el territorio de Estados Unidos, lo que los ha hecho a entrar en conflicto con las leyes y autoridades de ese país, con escaso saldo en Cuba.

Quizás la mejor esperanza para que se produzca desde el destierro en Estados Unidos una contribución positiva para el futuro de Cuba y para la democracia radica precisamente en ese fracaso prolongado de las tesis de línea dura. Nuevas emigraciones y nuevas generaciones, junto con una actitud en la opinión pública estadounidense, que no desea continuar con una política fracasada, apuntan hacia cambios en la política cubana de Estados Unidos. A su vez, una política más inteligente y menos prepotente por parte de los Estados Unidos, coadyuvada por el cambio generacional, podría contribuir a un cambio de estructuras, mentales y políticas, en la Cuba del siglo XXI.